

# LA ÚLTIMA LUZ DE TRALIA

LA ÚLTIMA LUZ DE TRALIA

Copyright – © 2020 por Isa J. González

Primera edición, junio 2020

© Arte y diseño de la cubierta de Marina Vidal

© Edición de Crononauta

[www.crononauta.es](http://www.crononauta.es)

[info@crononauta.es](mailto:info@crononauta.es)

ISBN: 978-84-120599-5-3

Depósito Legal: SE 1049-2020

Impreso en España / Printed in Spain

Imprenta Estugraf (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Debe dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA  
ÚLTIMA LUZ  
— DE —  
TRALIA

ISA J. GONZÁLEZ

 **Crononauta**

# PRIMERA PARTE

Y entonces, el silencio.

No un silencio normal, lleno de pequeños susurros inertes. Era un silencio absoluto, que solo podía escucharse en el espacio: la inmensidad del infinito entrando por sus oídos, llenando su cabeza de vacío, de una nada insonora. Ken, con los ojos cerrados con fuerza, se dejó llevar por aquella quietud, permitiendo que lo embargara, que cubriera cada milímetro de su cuerpo. No recordaba un momento en el que hubiera estado tan en paz, solo en aquel silencio absorbente, rodeado de una negrura absoluta. Ken era un rey en la inmensidad y nadie podía arrebatarse aquel trono inexistente.

Poco a poco, el sonido volvió. La nada fue desapareciendo, substituida por un leve pitido lejano, como si quisiera anunciar una llegada. Se fueron añadiendo

otros ruidos inconexos, gritos, gruñidos de dolor, una voz distorsionada y robótica, más pitidos. Una amalgama musical que fue expulsando, con lentitud, casi con delicadeza, el silencio absoluto.

Ken abrió los ojos y observó por primera vez la escena que con tanto ahínco había estado evitando. Habría deseado quedarse siempre inmerso en el vacío, pero su cuerpo seguía respirando, su piel seguía sintiendo y sus oídos volvían a escuchar. No podía negarse a la realidad. Así que abrió los ojos, despidiéndose de la negrura. Lo primero que vio fueron pequeñas gotitas de sangre que, como pelotas diminutas, danzaban a su alrededor. Luego un brazo, colgando inerte del cuerpo de su propietario, que tras mucho esfuerzo pudo reconocer: el capitán Trish.

La visión de su cadáver lo devolvió a la realidad. A su alrededor, la mayoría de sus compañeros de tripulación flotaban como globos perdidos, deshinchados y sin fuerza para enfrentarse a la marea de la gravedad cero. Cuerpos heridos, maltratados por un accidente que, al parecer, él mismo había sufrido. Ken también danzaba por la cabina de mandos, igual de perdido que el resto de sus compañeros. Pero vivo. Consciente. Con toda su fuerza de voluntad, logró mover los brazos para asirse a algún lugar. Una pared, una silla,

el suelo, lo que fuera. Necesitaba contemplar la escena desde la distancia del espectador y no desde aquella cercanía del afectado.

Los recuerdos regresaban con lentitud, como la marea de un mar en calma. La sensación terrorífica de una muerte cercana, un miedo reflejado también en el rostro de sus compañeros. Los haces de luz de la basura espacial que los rodeaban como gotas de lluvia y que acabarían por impactar contra ellos. Los avisos enlatados de LexIA, cuya empatía negativa les recordaba algo que ellos intrínsecamente ya sabían: iban a morir. La nave acabaría hecha añicos tras los impactos de aquellas descomunales rocas espaciales que el capitán Trish se empeñaba en intentar esquivar. Y lo inevitable pasó. Gritos, dolor, la oscuridad apoderándose de su consciencia.

Su memoria había decidido olvidar lo que seguía al horror. Ken no podía apartar la mirada de los rostros sin vida de sus compañeros, imaginándose cómo la luz se apagaba de sus ojos con los impactos, visualizando los últimos segundos de sus vidas. Quería gritar de desesperación, sin darse cuenta de que ya estaba gritando. Sin darse cuenta de que llevaba minutos desahogándose contra el silencio sepulcral del espacio de la única forma que sabía: chillando.

Con el tiempo, Ken entendería los hechos que ahora se le hacían incomprensibles. Podría entender que aquella correa que le rodeaba la cintura, sumada a su estratégica posición contra la pared, habían sido las dos únicas razones por las que seguía vivo. Podría entender que el zarandeo de los impactos había impulsado al resto de sus compañeros a la deriva, los había golpeado a todos contra las duras paredes de metal o los había ahogado en la caída libre de cincuenta metros que ocupaba toda la nave. Podría entender que no había sido un privilegiado por salvarse de la suerte que había sufrido el resto de la tripulación. Al contrario.

Pasaría un tiempo hasta que Ken pudiera asimilar todo eso. Pero, en aquel instante, lo único que alcanzaba a comprender era que estaba vivo. Y que el resto de sus compañeros no.

Con la lentitud decrépita de un abuelo, la mente de Ken fue incorporándose a la realidad. Comprobó el estado de su cuerpo, palpando donde no alcanzaba ver. Tenía un brazo doblado en una posición antinatural, y rasguños y moratones que dibujaban un mapa incoherente en su piel. El dolor le llegaba paliado, como si habitara un cuerpo que no fuera el suyo. Las contusiones, las costillas rotas y la migraña

martilleante eran solo recuerdos distantes del accidente que acababa de sufrir. La adrenalina en sus venas parecía cumplir bien su función: lo había despertado y alejado del dolor que luego volvería con más fuerza.

Por primera vez desde que despertó en aquel caos, Ken observó el espacio que se extendía más allá del cristal, curiosamente intacto. El océano infinito de negrura, salpicado por miles de pequeñas luciérnagas brillantes. Una soledad intensa, invasiva, se apoderó de él al contemplar ese espectáculo. Se sentía como el último ser humano, como la única vida en aquel vasto desierto. Como si alguien hubiera apagado toda señal de existencia y se hubiera olvidado de él. Destinado a vagar sin destino fijo.

Un escalofrío de terror le recorrió la espalda al darse cuenta de que, por primera vez en su vida, estaba solo.

Totalmente solo.

Negó con la cabeza, intentando alejar aquellos pensamientos funestos. Necesitaba ponerse en marcha. Se desató la correa y, tras impulsarse en la pared, logró llegar al control de mandos y acallar la voz de LexIA. No había entrenado para ser piloto, así que la mayoría de botones y controles le parecían una

ciencia incierta en la que no quería adentrarse. LexIA, que controlaba casi por completo la nave, le diría qué tenía que hacer.

–Escanea el sistema y sus alrededores en busca de alguna nave –dijo Ken, y su voz sonó extraña, artificial, ronca. Quiso ignorar el hecho de que también le había parecido rota. Carraspeó y volvió a repetir la orden en vano, pues la nave ya había empezado a trabajar con diligencia. Esperaba que, más allá del silencio y la inmensidad, una mano amiga escuchara su llamada.

Su cuerpo y su mente reaccionaban inconscientemente ante la necesidad de Ken de aferrarse a la vida. Pero ¿por qué debía hacerlo? Era posible que el resto de naves nodrizas que habían partido de Tralia hubieran sufrido destinos similares y ahora vagaran a la deriva, perdidas por el infinito del cosmos. La misión había fracasado. Todos sus seres queridos habían perecido junto al planeta. Sus compañeros estaban muertos, flotando en gravedad cero. Ken no tenía nada por lo que vivir. Entonces, ¿por qué seguía sintiendo ese impulso tan poderoso de seguir vivo? ¿Qué más podía perder? ¿Para qué sobrevivir, si ya nunca podría sentir el aire en su cara, la frescura del mar en su piel, el abrazo de un ser querido en su corazón?